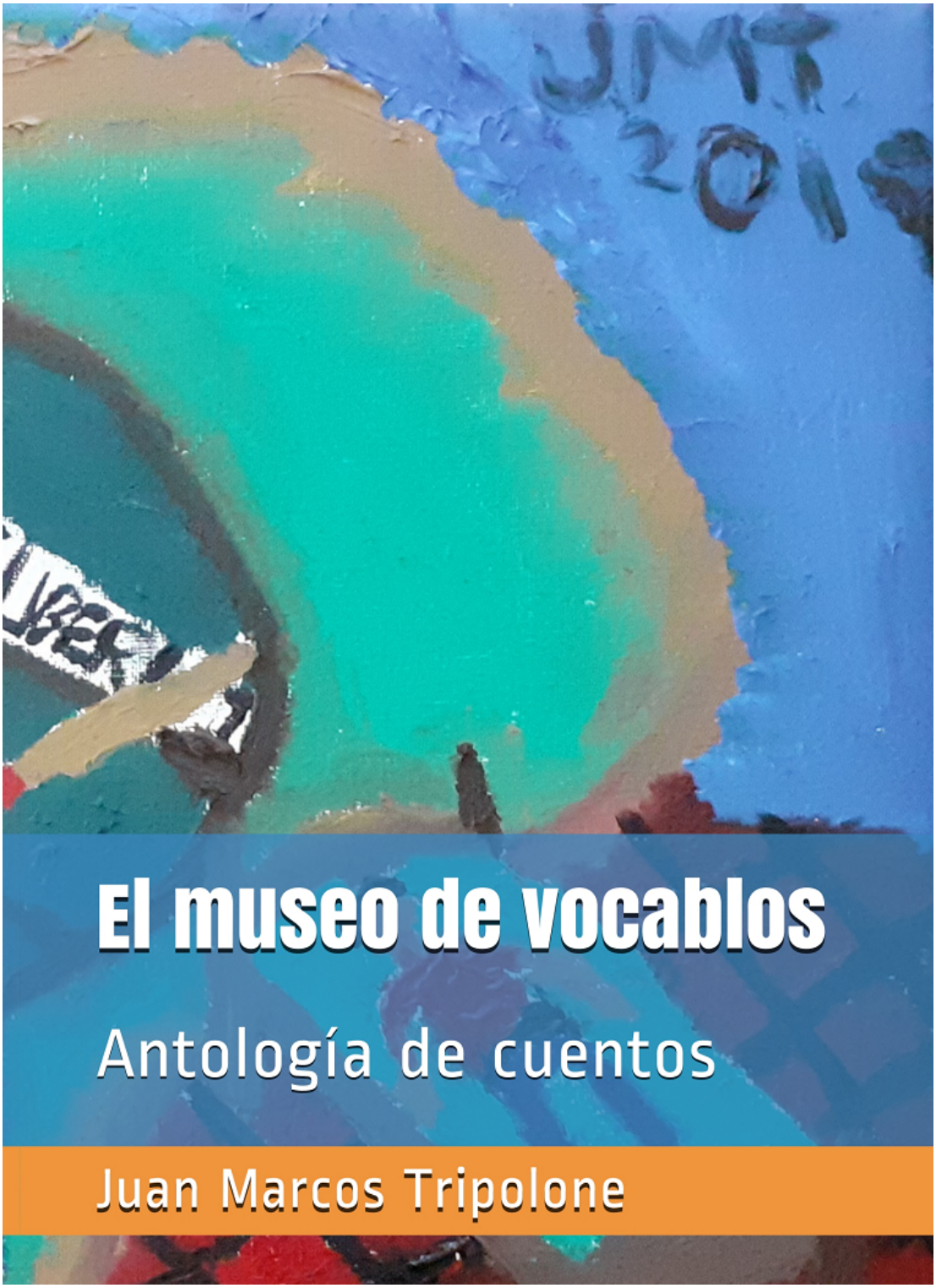
El museo de vocablos

Juan Marcos Tripolone



Capítulo 1

Tripolone, Juan Marcos. El museo de vocablos. Narrativa Argentina.

Diseño de cubierta: Juan Marcos Tripolone. Diseño de interior: Juan Marcos Tripolone.

© 2019, Juan Marcos Tripolone, gerencia@corpintecsa.com , https://juantripolone.wordpress.com/ T odos los derechos reservados Hecho el depósito que prevé la ley 11.723 No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma, o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

El museo de vocablos

El taciturno octogenario había cultivado las artes de coleccionar durante toda su vida. Pero su colección, acaso su única valiosa posesión, no era cosa cualquiera. El geronte colectaba vocablos. Guardaba sus palabras en cofres de su ático. Centenares de baúles entreabiertos y dispuestos en interminables repisas de gabinetes, contenían cada ejemplar que el anciano había podido adquirir, irrepetibles e impolutas todas, como preservadas piezas de museo.

El Museo de las Palabras era algo inédito, pero comparable (no sin flagrante imprecisión) a una hibridación entre biblioteca y colección filatélica. Por su estado de conservación y catalogación, saltaba evidente que el viejo había sido minucioso en sus exámenes y en aplicar diligentemente los métodos más sofisticados y ancestrales de preservación de tesoros. La colección estaba reservada para su jubileo. Eran las riquezas con las que podría ingresar al fin de sus tiempos. Aunque nunca supo (ni tampoco se preguntó) de qué modo lograr aquel cometido final, no claudicó en proseguir ex profeso hacia la acumulación

total del Gran Diccionario Universal.

Semejante a un botín de piratas o al tesoro de alguna enigmática banca de ultramar, esta valiosa colección era candente, refulgente y bruñida. Su fulgor era tan rutilante que tenía el potencial de cegar a cualquier espectador. Aunque claro, no existía en vida ningún otro sujeto consciente de estas riquezas, por lo que no había a quien cegar. Es que era demasiada la ostentación verbal para almas que se congracian (y a menudo corren a su búsqueda) con la síntesis, con la simplificación.

El tesoro se renovaba y centrifugaba, pero siempre crecía indeclinablemente.

¡Oh! ¡Cuánto entusiasmo lo embriagaba cuando un nuevo verbum cosechaba! Al costado derecho del altillo, visto desde la puerta, había un palabradero ; un invernadero de palabras. Este criadero dejaba ver sus inquietas larvas, aquellas palabras nuevas, señales de nuestros tiempos, que vívidamente ansiaban saltar de su pecera, revestidas de la suficiente osadía e ímpetu para lograr en vuelo fugaz aterrizar en alguna de las casetas de las Palabras Mayores. Al fin y al cabo, ser pieza de museo gozaba de un prestigio mayestático que la niñez vocabular no detentaba. Valía la pena la aventura, aunque no todas habían podido llegar a buen puerto. Al caer, se escurrían por el sumidero y pronto se convertían en Palabras en Desuso, con derrota final en el sótano.

Existía en el viejo la amenaza interior de que este tesoro fuera recibido como heredad por algún sucesor insensato. En tal caso, la dilapidación y el despilfarro del bribón serían insondablemente atroces. Quedaba trémulo ante la idea de que se devaluaran las palabras. Es que estaba enfermo y lleno de días, y podía sentir en su cuerpo cómo los años se le habían venido encima.

A pesar de ello, el coleccionista no lograba comprender del todo la magnitud semántica trascendental y la opulencia verborrágica que había acumulado. En las manos adecuadas, la colección tenía el potencial de cimentar de un plumazo (o quizá deba decir, palabrazo) a Verbalia, la ciudad de los verbos que imaginó Màrius Serra, o de abastecer ilimitadamente del insumo esencial a la Biblioteca borgiana de Babel, dejando así eternamente sin asidero las frecuentes quemas del censor. O quizá con más dedicación, reconstruir con los vocablos al Aleph en el que el maestro Borges pudo trasladarse a una suerte de universo pre- big bang , siendo capaz de contemplar el todo en un punto, y cada punto en el todo.

Este potencial no obstante, sí era comprendido por el coleccionista, que en el fondo abrigaba esperanzas de contemplar la epifanía de las palabras levitando entre sus creaciones, antes de su hora final. Por momentos se desmotivaba el viejo reflexionando en que estos pensamientos eran tan

solo vacilaciones erráticas de la edad. Pero al menos estas ideas le reafirmaban en su interior una tajante determinación testamentaria: Si no lograba él semejante dicha, entonces el sucesor debía ser digno de recibir esta mina de oro repleta de riqueza y creaciones potenciales, aunque aún desconocidas. Redactó, tomando palabras de sus estanterías, un minucioso artículo con la requisitoria precisa que tal heredero debiera cumplir.

***

Desde el zaguán podía contemplarse la puerta del ático. Cada vez que el portal se abría, un esplendoroso resplandor emanaba de aquel recinto que falsamente daba sombrías apariencias. Por esta notoriedad, el anciano no aceptaba asiduamente invitados a su casa. Había pagado el precio de la soledad en aras de preservar su patrimonio literario. Su conocimiento implicaba la compañía del saber y la desolación carnal en simultáneo.

Aunque el coleccionista ingresaba a menudo y colocaba en estanterías -aunque ordenadamente catalogadas, aisladas e inconexas entre sí-, cada caja con un nuevo espécimen, insertándolo como un cartucho desde el anverso de los gabinetes en las respectivas cajoneras, hacía décadas que no se animaba a abrir el escotillón delantero, que se encontraba justo por delante de los gabinetes de palabras, y que al abrirlo, desnuda simultáneamente todas las cajas. Un poco en honor a la preservación que un museo de ésta índole amerita, cubriendo sus piezas del sol y el herrumbre, y otro tanto por el enigmático temor que le acuciaba acerca de lo que podía acaecer, encontrándose él sólo y como único habitante de la vieja casona.

Había enviudado hacía tiempo, sus nietos no eran sus asiduos visitantes, y el secreto de su tesoro, con testamento hereditario incluído, se encontraba bajo siete llaves, a la espera de ser revelado en su lecho de muerte. Las palabras allí detrás de su escotillón se conservaban en formol: intactas por un lado, pero frías e inamovibles por el otro; semejante a una fuente de energía potencial no explotada. Sentía curiosidad por todos estos enigmas, pero siempre su temor le ganaba. La última vez que había abierto el escotillón, fue en los albores de su acopio: la escasez de piezas acumuladas hasta entonces impedía la retroalimentación energética entre ellas. La magia nunca hubiera podido ocurrir en aquellos tiempos remotos. A su vez, esos intersticios temporales de antaño resultaban anacrónicos para semejante revelación. Pero abrir ahora ese supercúmulo de poder creador, propiciaría una inaudita conexidad entre cada palabra, suscitando así una nueva gran explosión fundamental.

***

Una mañana despertó con su salud harto lábil. T emía que su tiempo hubiese llegado, y que al mal cálculo, no hubiese podido inducir a alguno de sus sucesores acerca de su gran secreto.

Sin embargo, no era ya capaz de pensar con claridad en estos menesteres. De hecho, en un primer momento no hubo en su ser más intenciones que continuar en la cama y dejarse fenecer. Pero transcurridas las horas y declinando el alba, su ánima comenzó a ser poseída por una incontrolable fijación hacia su bóveda. Sentía que ese escotillón era tan molesto, que necesitaba con premura abrirlo, o incluso removerlo; o destituirlo. Sus confusos pensamientos asociaban a ese escotillón con una verdadera profanación del tesoro que durante tanto tiempo pudo construir, palabra por palabra.

Sintió un fuerte dolor, cual navaja penetrando su cabeza. Sus brazos se volvieron cansinos, e incapaces de vencer la gravedad. En sus manos percibía una hormigueante plejía. Aunque notó el rocío de una infinita paz sobre sí, su rostro se paralizó, y no pudo esbozar la sonrisa del goce que emanaba de su alma. Entonces, con una respiración estertórea aunque profunda, logró juntar su último influjo de fortaleza, y con toda vehemencia, pudo ponerse de pie. Pronto se percató de que, aunque se percibía a sí mismo en bipedestación, no sentía peso alguno en sus ancas.

Viró hacia atrás, y por un momento quedó pavoroso.

Su cuerpo, en un estado de máxima decrepitud, continuaba supino en el lecho, pero él podía contemplar su habitación como si estuviera en pie. Se permitió ensayar el elevarse, y comprobó lo que borrosamente intuía: su alma se había desprendido de su cuerpo, y en el comienzo de un inminente viaje astral (experiencia jamás vivida por él), era capaz de levitar libremente por su habitación. Entonces comprendió el irreversible deceso de su cuerpo mortal, y que ésta interfaz de levitación astral no duraría por mucho tiempo antes de su partida al más allá. Su estado ahora, a diferencia de minutos atrás, era de plena consciencia, aunque su cuerpo había exhalado ya su espíritu.

Supo que aquellas ensoñaciones no eran tan erráticas como premonitorias.

Intempestivamente, juntando todo el coraje que podía retener luego del estupor que la experiencia sobrenatural le había propinado, el anciano tuvo la osadía de emprender vuelo hacia su colección, y abrir su escotillón.

Y entonces por fin pudo comprender en plenitud qué era lo que había estado acumulando allí desde tiempos remotos. Por primera vez, como si hasta ahora hubiese sido ciego, realmente pudo ver la luz. Aquel proyecto

del que no era plenamente consciente, pero sí un fiel constructor de antaño. Había adosado durante años cada ladrillo de la majestuosa máquina de crear, pero como humilde esclavo que monta una pirámide, no había sido capaz de dilucidar la trascendencia de la obra.

Entendió porqué había emprendido su viaje de revelación en un cuerpo astral, inmune a los insultos, fascinación y espanto que ahora su colección podía enseñarle.

Ahora ninguna amenaza potencial tendría la capacidad de darle muerte. Ésta había perdido en él su capacidad de dañar.

Las palabras emanaron indómitas de sus cajuelas ni bien fueron liberadas por el escotillón, y brillaron en el aire, levitando, y enseñándole al anciano que ahora él era de su misma condición. Se soltaron de sus jaulas, fueron libres. Y las palabras se hicieron canción y tragedia, y magnánimos versos, y se volvieron lente y caleidoscopio. Se tornaron catalejo, y como cuando Adán comió del árbol de la sabiduría y de la ciencia del bien y el mal, ya nada pudo el viejo ignorar. Ahora él era el más indecible de todos los vocablos. Sus hermanas las palabras habían dotado al otrora anciano, letra a letra, de una suerte de ojo de Anubis, y ahora él como un vocablo vivo aunque inasible, había recibido el don de la clarividencia. Una palabra que observaba a todas las palabras, que no eran más que las células madre que prodigaron el constructo de sus días vividos, días ahora resignificados por la irremediable dinámica de los tiempos.

T odo se limitaba a sus vivencias; pero desde la infinidad de miradas, ésta vida en apariencia mediocre se convertía en una enseña universal. Eran ilimitadas las ópticas desde las que podía contemplarse: podía entenderse a él y empatizar con todo ser que lo rodeó en vida, y todo aquel al que él hubiera perturbado, o todo quien hubiera sido afectado por éste. Desde cada ángulo de visión, pudo entender la plenitud; a La Visión que se consuma de todas las visiones. Su mente era una gran cámara Gesell; y era el verbum que emerge de la conjunción de todo vocablo. La metamorfosis de coleccionista a exégeta se consumó.

Y así vio al niño y su felicidad rozagante,

el cual, omitiendo su languidez,

corría siempre tras su pelota.

Y contempló luego su tórpido crecer.

También vio al tumulto de las masas,

y a la deidad con su incensario.

Cada garúa con su crepitar,

cada vehemencia y su fatiga.

Cada premonición que abriga esperanzas,

y cada abyección con su lamento.

Al combatiente impertérrito,

al clérigo y al estoico.

Al transeúnte inadvertido.

Y luego vio al geronte y su desolación,

al sollozo en soledad,

a la agonía y su estertor.

A la sórdida apatía

de los avatares del destino.

Al eterno desvelo con su tormento.

El anciano lloró. Pasaron siglos en los que contempló este concierto universal de tragedias y alegrías, de quebrantos y victorias. Palabras y más palabras, todos los conjuntos posibles de palabras que creaban realidades en constante cambio, que él podía observar en la plenitud de su transe, de su eterno éxtasis, desde el alba hasta el crepúsculo vital.

Se sintió dichoso de haber abandonado en edades pasadas aquel lejano y ahora pútrido cuerpo mortal, para no padecer de ese desvelo que noche a noche pudo revivir en sempiterna revelación. Intuyó entonces que ya no quedaría en pie de carne heredero directo alguno que recordara su nombre, y supo pues que a él y a toda su simpleza, se le había otorgado el don de la revelación infinita póstuma.

Comprendió que sus días habían tenido este objetivo. Que cada una de sus acciones conscientes o inconscientes, sus discordias, sus derrotas, sus rebeldías, sus desavenencias, le habían permitido conseguir una nueva palabra; que es como ese grano de arena adicional que luego enarbola un gran desierto y su correspondiente oasis. Para cada batalla vencida o abatida, su vocablo. Una infinitud de palabras combinándose y creando por los siglos de los siglos, alimentando in eternum al inconsciente

colectivo de la humanidad, y permitiéndole a ésta avanzar a suerte de su propio timón: hacia su progreso ilimitado; hacia su irremediable destrucción. El tesoro abierto era como aquel big-bang: lo liberaba, pero no le correspondía. Fue ese tesoro a partir de entonces y ad infinitum , el arsenal de las futuras generaciones.

Adquirí los restantes cuentos en mi página de autor: https://alanaescritoresagiles.com.ar/libros/el-museo-de-vocablos-antologia-de-cuentos/